CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

Sangre de Campeón

EN PIE DE GUERRA

Una novela sobre las

DROGAS

Sangre de Campeón

EN PIE DE GUERRA

¿Sabes qué sustancia se pone en las bebidas para drogar a las mujeres y abusar de ellas?

¿Conoces los tipos de drogas que se usan ahora?

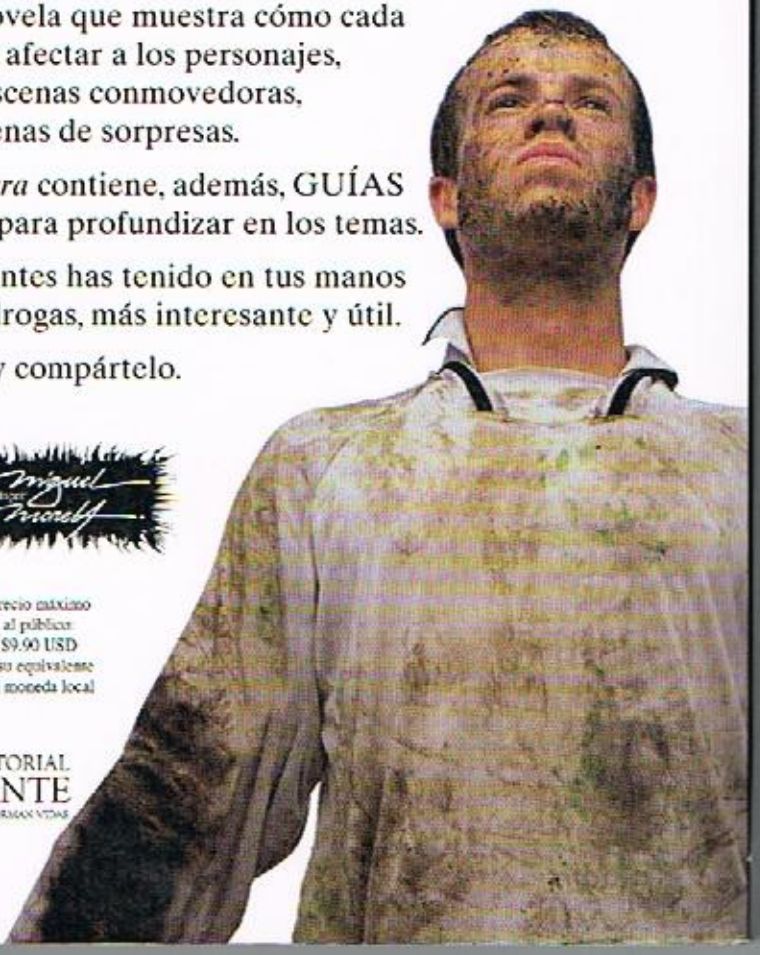
Cada capítulo de este libro contiene datos sobre una droga específica: GHB, Rohipnol, Peyote, Cocaína, Éxtasis, PCP, Efedrina, Ketamina, Cannabis, LSD, Crack, DMT, Alcohol, Narcóticos, etc.

La descripción de las drogas está conectada de forma natural a una novela que muestra cómo cada sustancia puede afectar a los personajes, quienes viven escenas conmovedoras, aterradoras y llenas de sorpresas.

En pie de guerra contiene, además, GUÍAS DE ESTUDIO para profundizar en los temas.

Quizá nunca antes has tenido en tus manos un libro, sobre drogas, más interesante y útil.

Aprovéchalo y compártelo.



Serie VI
Juvenil

Miguel Micaelli

ISBN 968-7277-68-8

9 789687 277684

Precio máximo al público $9.90 USD o su equivalente en moneda local

GRUPO EDITORIAL DIAMANTE
LIBROS QUE TRANSFORMAN VIDAS

Mama Coca
El Papel de la Coca
www.mamacoca.org

ÍNDICE

1. METANFETAMINAS 7
Conocida como Speed, la droga que acelera.

2. ENEMIGO AL ACECHO 15
Cuando se le da alojamiento a un asesino.

3. POPPERS 23
El "oro" de las sex shops.

4. GHB 31
La droga del baile erótico.

5. ROHIPNOL 39
La droga de la violación.

6. CANNABIS (THC) 47
La droga lupa.

7. DMT 55
La droga explosiva que nos lanza a otro mundo.

8. TABACO 63
La droga silenciosa que asesina en masa.

9. KETAMINA 71
La droga que separa el cuerpo de la mente.

10. PEYOTE 79
Mescalina y psilocybina. Hongos de los espíritus.

11. TIPOS DE DROGAS 87
Cómo se engancha un joven a la droga.

12. SUSTANCIAS VOLÁTILES 97
La droga de los "superhéroes".

13. PCP 103
La droga de Hulk.

14. BARBITÚRICOS Y BENZODIACEPINAS 113
La droga de los suicidas.

15. EFEDRINA 121
La droga de los gimnasios.

16. COCAÍNA 129
La droga del poder.

17. LSD 137
La droga alucinógena de los "sabios".

18. EL SUBSUELO DE LA DROGA 143
Cárcel subterránea a la cual se llega cayendo por agujeros en el piso.

19. NARCÓTICOS 151
Heroína, morfina, codeína, fentanilo y metadona. Las drogas del paraíso que se convierten en fuego eterno.

20. ALCOHOL 159
La droga "cultural" que sirve de puerta.

21. ÉTER EN EL HIELO 169
Formas de adulterar las bebidas alcohólicas.

22. ÉXTASIS 177
La droga de la felicidad y el amor.

23. CRACK 187
La droga de la violencia.

24. EN PIE DE GUERRA 195

25. GUÍAS DE ESTUDIO 207

14

BARBITÚRICOS Y BENZODIACEPINAS

LA DROGA DE LOS SUICIDAS

Medicamentos depresivos que causan borrachera y, a la larga, daño cerebral

Aunque vamos todos en la camioneta de mi tía Beky, rumbo al sepelio de Jennifer, papá maneja y mamá lo acompaña como copiloto. En la segunda fila de asientos están Itzel y mi tía. En la tercera, Riky y yo.

Mi hermano se inclina hacia delante para insistir.

—¿De qué murió mi abuelito?

Papá carraspea y mi tía Beky se queda como estatua. Es algo de lo que jamás han hablado, sin embargo nuestra familia está demasiado dañada por lo que ha pasado, y no vale la pena guardar secretos. Mucho menos si están relacionados con el tema de la droga.

Papá levanta la voz y dice estoico:

—Se suicidó.

—¿Cómo? —pregunta mi prima—. ¿No dijeron que murió por causa del PCP?

—Cuando salió de la cárcel —aclara mi tía—, lo llevamos a una clínica de rehabilitación. Ahí lo desintoxicaron y trabajaron con él, pero para ayudar a sanar a un adicto al PCP se le dan otro tipo de drogas más leves: Barbitúricos o Benzodiacepinas. Como mi padre se sentía muy culpable de todo el desastre que ocasionó con sus hijos, robó un frasco de Barbitúricos y se tomó todas las pastillas al mismo tiempo.

Comienza a lloviznar. Papá enciende los limpiadores. La noche parece demasiado lúgubre.

—Felipe —dice mamá—, revisa esas hojas que tienes impresas con todos los tipos de drogas. A lo mejor ahí encuentras algo sobre Barbitúricos.

Papá enciende la luz interior de la camioneta.

—No hay nada con ese nombre —digo.

—Tal vez aparezcan como "medicinas tranquilizantes".

Busco entre los párrafos.

—Sí, tienes razón. Aquí están. ¿Lo leo?

—Adelante.

—Las medicinas tranquilizantes más conocidas son dos: Número uno, Barbitúricos. Dependiendo de su fórmula tienen un efecto sedante (tranquilizan), hipnótico (inducen el sueño), anticonvulsivo (evitan convulsiones) o anestésico. Durante mucho tiempo los Barbitúricos se han utilizado en el tratamiento de enfermedades, pero cuando la dosis se eleva, producen síntomas similares al alcohol (borrachera de Barbitúrico) y originan una intensa dependencia física. Es común que el uso de Barbitúricos produzca la muerte, porque bajan el ritmo cardiaco, disminuyen la presión arterial, hacen lenta y superficial la respiración. El margen de seguridad al tomarlos es muy pequeño, por lo que resulta fácil sufrir una sobredosis. Los Barbitúricos son la droga preferida de los suicidas. Tomar varias pastillas equivale a una muerte segura, a veces con un previo *delirium tremens* parecido al del alcohol. En dosis medias, provocan tanta dependencia que el adicto a Barbitúricos se convierte en una especie de zombi con ojos perdidos que anda siempre como atontado. Sufren un daño cerebral, por lo que se vuelven torpes, poco inteligentes y de memoria escasa.

—Qué barbaridad —dice mi prima—, esas medicinas son peligrosísimas.

Sigo leyendo el segundo inciso.

—Benzodiacepinas. Aunque menos fuertes que los Barbitúricos, también deprimen el sistema nervioso central, alivian la preocupación y dan sueño. Se usan como medicamentos controlados. El más famoso es el Válium. Las dosis altas ocasionan náuseas, confusión, falta de coordinación, pesadillas y cansancio extremo. Producen una fuerte dependencia física y, como su nombre lo dice (depresores), ocasionan depresiones crónicas (tristeza y aislamiento).

Después de un breve silencio, Itzel comenta con aire de exacerbación:

—¡Esto es demasiado! No lo puedo creer.

—¿A qué te refieres? —pregunta su mamá.

—¡Tantas drogas! Tantas coincidencias. ¡Estamos viviendo algo absurdo! En pocas horas hemos conocido y hablado sobre muchas sustancias distintas. ¡Toda mi vida ignoré el tema de las drogas y, de pronto, para cualquier lado que volteo las detecto! Están ahí, afectándonos o amenazándonos —reitera—. ¡Esto es absurdo!

—No, Itzel —contesta mi padre—, lo que ocurre es lógico. En el mundo de la droga hay una regla básica: *el que busca, encuentra*.

—Pues ni Felipe ni yo hemos buscado y siento que caímos en una espiral…

—A ver. Analiza los hechos. Un sujeto dio droga a varios estudiantes de la preparatoria y guardó las pastillas en el casillero de Felipe. Lo inmiscuyó en un delito de narcomenudeo. Luego Felipe salió con Jennifer, una de tus jovencitas quien estaba involucrada en el problema sin que tú lo supieras. Abrimos varias rendijas. El mundo de la droga es avasallador. Sólo necesitas entrar un

poco en él para descubrirlo... Repito: El que busca, encuentra.

—Sí —agrega mi mamá—, es como cuando usas un microscopio por primera vez. Te asombras al conocer el universo de microbios y organismos diminutos. Si sigues explorando, tu percepción de la vida cambia y te vuelves alerta a lo que antes ignorabas.

Itzel se queda callada. La veo asentir una y otra vez. La entiendo a la perfección. Yo tampoco imaginé que hubiera tantas drogas cerca de mi vida. En verdad, hemos abierto una puerta que me hubiera gustado mantener cerrada.

Llegamos a los velatorios.

La lluvia ha arreciado. Bajamos a toda prisa.

En la recepción hay cientos de jóvenes. Prácticamente todos nuestros compañeros de la preparatoria y las niñas del orfanato.

Nos cuesta trabajo pasar entre ellos. Yo saludo a algunos, pero prefiero agachar la cabeza y fingir que tengo prisa.

Llego a la sala donde se encuentra el féretro. Es una caja blanca de tamaño mediano. Me quedo como clavado en el piso sin atreverme a dar un paso más. No puedo asimilar la fragilidad de la vida ni los giros del destino.

Itzel se encuentra a mi lado. Me toma de la mano como para darse o darme fortaleza. Estamos juntos en esta tragedia. Los dos amábamos a Jennifer, los dos sentimos confusión, y culpa por la idea de que quizá otras personas la dañaron por nuestra causa.

—No creo que pueda estar mucho tiempo aquí —dice.

—Ni yo.

Varios compañeros de la escuela comienzan a desfilar hacia el féretro asomándose en la tapa abierta.

—¿Para qué hacen eso? —pregunto con voz baja.

Mi prima contesta:

—Así le dan el último adiós a nuestra amiga. ¿Quieres ir?

Niego con la cabeza.

—Jennifer no está en esa caja. Ella ya se fue.

—Bien dicho. Vámonos.

Dejamos a nuestros padres y a Riky. Camino con mi prima a la sala de al lado. Es el recinto para fumadores. Está lleno de humo. No es posible respirar. De forma automática, damos la vuelta y nos dirigimos hacia fuera, donde está la aglomeración de jóvenes.

Muchos, al verme, se dicen frases cortas al oído. Algunos me miran sin poder ocultar sus sentimientos de furia y odio hacia mí.

Se ha corrido la voz de que yo soy el culpable de esa muerte.

—Vamos a la calle —dice mi prima.

Pero la lluvia cae sin piedad y es imposible salir. Entonces ocurre lo que tanto temía. Una de las amigas de Jennifer se pone frente a mí y reclama:

—Tú la mataste. ¿Por qué lo hiciste?

De inmediato se suma otra compañera.

—Sí, Felipe. Eres un degenerado. Quisiste abusar de ella. Lo sabemos todo. Usaste droga para seducirla.

—¡Maldito! —grita alguien más—. ¿A qué vienes?

—¿Cómo puedes ser tan cínico? ¡Largo de aquí!

—¡Deberías estar en la cárcel!

—Jennifer no merecía morir así.

—Si te gusta la droga, ¿por qué no te la tomaste tú?

Trato de escapar. Mis compañeros y las chicas del orfanato me arrinconan, aumentando el volumen y el tono de sus reclamos. Se contagian unos a otros, y comienzan a actuar de forma colectiva como una turba dispuesta a lincharme.

—Alto —grita mi prima, poniéndose frente a mí—. ¿Qué están haciendo?

—¡Él mató a nuestra amiga!

—¡Es un asesino!

Parecen a punto de golpearme.

—¡Basta! —Itzel se ha sonrojado por una mezcla de temor y enfado—, ¡Felipe no tiene la menor idea de lo que le pasó a Jennifer! Está desesperado. Igual que ustedes —la concurrencia embravecida deja de atacar; Itzel es una joven mayor, con gran aplomo y autoridad, al menos frente a las chicas del orfanato, así que la escuchan.

—¡A Jennifer le pusieron GHB en su refresco! —dice una muchachita regordeta—. ¿Quién lo hizo?

—¿Ahora resulta que saben mucho sobre drogas? —contesta Itzel—. A ver. ¿Díganme cuántos tipos hay, cómo se toman, qué efectos producen?

—¿Para qué nos preguntas eso? ¡Te quieres salir por la tangente!

—No —dice Itzel—. Los jóvenes somos perezosos. Investigamos apenas lo indispensable, y eso cuando ya estamos metidos en problemas. Si en la escuela se habla de drogas, nos mostramos aburridos. Creemos saberlo todo. Odiamos oír consejos de padres y maestros. Siempre les decimos que están exagerando. ¡No sabemos nada sobre drogas a pesar de que vivimos en

un mundo donde hay muchas! Algunos las hemos visto y jugamos con ellas. No le damos la importancia que tienen. Creemos estúpidamente que jamás nos afectarán. Pero ya ven —repite—. ¡Sí nos afectan! ¡Felipe no mató a Jennifer! Fue nuestra flojera, nuestra imbecilidad. ¡Todos!, y me incluyo, hemos sido irresponsables. Ni siquiera tenemos la menor idea de lo que pasó. Eso sí. Seguimos mal informados y nos apuramos a escupirle en la cara a un amigo que está tan asustado como cualquiera de nosotros.

Mi padre y otros adultos logran abrirse paso hasta donde nos encontramos Itzel y yo. Los compañeros han guardado silencio.

—Vámonos —le digo a papá al verlo llegar.

—No, Felipe —contesta—. Tu prima tiene razón. Tú no mataste a Jennifer ni tienes por qué huir. Volvamos adentro.

Regresamos a la sala donde está el féretro.

Agacho la cabeza y me siento en un rincón.